



17 Relatos

EDITORIAL
ENTRE TEJAS
www.entretejas.com.mx s.a. de c.v.

Mujeres de Frontera

Lucía Gpe. Vázquez Maza

Portada
“Cuando tú no estás” 2013, tinta sobre papel
de algodón. Dinora Palma. Catálogo Chiapas
Nuevo recuento de artistas plásticos. p.116
D.R. Editorial Entretejas SA de CV.
ISBN. 607006037-7

Mujeres de Frontera

Lucía Gpe. Vázquez Maza

PREFACIO

Mujeres de Frontera constituye una serie de 17 relatos cortos contruidos a partir de algunas vivencias que tuve siendo servidora pública en la atención del fenómeno migratorio en Chiapas.

Evidentemente recurrí a un poco de ficción instalada en mi imaginario, fabricado con la realidad que nos presentan los datos que son de dominio público, a través de informes oficiales, reportajes, noticias, etc.

Cabe decir, que, en este andar, escuché innumerables historias, pero sólo retomé algunas que provocaron en mí una especial inspiración para relatarlas, especialmente porque logré identificar aspectos que las hacían diferentes a las que generalmente se cuentan. Además, como mujer y profesional formada en el estudio de las Relaciones Internacionales, consideré que ésta era una oportunidad para visibilizar ciertas características de las diásporas que se presentan principalmente en este sector de población, con la intención de provocar -ojalá- en primer lugar, en los gobiernos, el diseño de políticas públicas que no sean letra muerta sino que contribuyan en la generación de estrategias y acciones que incidan de manera puntual en contrarrestar los riesgos y la exposición de las casi -según datos oficiales- 30,000 mujeres originarias de diferentes países que transitan anualmente de manera irregular por territorio mexicano. En segundo lugar, motivar en los académicos e investigadores la necesidad de continuar estudiando y documentando desde los territorios estas experiencias.

María, Carmen, Ariana, Génesis, Indira, Meli, Elisa, Caridad, Clarabella, Dulce, Flor, Luciana, Laura, Lulú, Mayra, Petrona, Sandra, Raisa y Aisha han sido una importante y entrañable fuente de inspiración que, en momentos de soledad y a veces de angustia, me hicieron reflexionar al final de intensas jornadas y ponerme a escribir como parte de un ejercicio que me hizo enamorarme,

fortalecerme, reconstruirme y rescatarme de situaciones adversas que me tocó vivir en los tiempos en que nacieron estas narraciones.

Así que estos relatos simbolizan la posibilidad de manifestar mi agradecimiento y reconocimiento a estas mujeres porque me acompañaron durante varios meses e hicieron que mantuviera siempre viva la idea de que, algún día, podría compartir estas historias, que son sólo un retazo de todo lo que miles de mujeres viven día a día.

Cada relato me transporta en automático a esos espacios y a esos momentos que hacen parte también de mi historia personal. Me alienta el pensar que, quienes los lean, puedan, al igual que yo, transportarse y apropiarse de lo que cada una de estas mujeres nos aporta. Asimismo, en cada narración, va impreso mi reconocimiento para cada una de mis compañeras y compañeros con quienes compartí el servicio.

El dar lectura y publicar estos relatos representa para mí el poder cerrar un ciclo muy importante en mi vida, pero me compromete a la vez a continuar construyendo y aportando para que todas las Mujeres de Frontera sean visibles y tengan siempre una mejor oportunidad.

Lucía Gpe. Vázquez Maza

Caridad

Aquella madrugada de mayo del 2019 había que resolver el espacio para alojar aproximadamente a 400 extranjeros, quienes no habían podido presentar ante las autoridades migratorias documentos válidos para permanecer en México. Ante la tensión que prevalecía por el recrudecimiento de la política migratoria del vecino país del norte, la estrategia de contención se puso más estricta y los “rescates” se hicieron masivos, de tal manera que no había espacio suficiente para “resguardar” en las condiciones adecuadas a centroamericanos y cubanos principalmente.

En mi afán de resolver de algún modo y evitar el hacinamiento, yo me había dado a la tarea de conseguir unas carpas que permitieran convertir el patio de maniobras en un gran albergue con colchonetas en las que estas personas pudieran esperar su procedimiento administrativo migratorio y la resolución de cada uno de sus casos; sin embargo, era imparable la frecuencia con la que los Agentes encargados de los puntos de revisión presentaban a los extranjeros para resolver su estatus en el país, durante el día, la noche y la madrugada. La operatividad era intensa pero eso no me impedía observar incertidumbre y miedo en cada uno de los rostros de estas personas; así recuerdo el semblante de Caridad, una chica cubana de complexión extremadamente delgada, rescatada en un autobús de la línea OCC con dirección a la Ciudad de México.

Cuando Caridad descendió de la camioneta oficial me informaron que llevaba documentos falsos: Jefa, una credencial del INE “chocolate”.

¿En dónde la conseguiste? –le pregunté a Caridad-. “En un lugar allá en la frontera, por donde entramos a México”.

¿Recuerdas el nombre del lugar?, sí, se llama Paso Hundido, y ¿cuánto pagaste?, 500 dólares, aseveró.

Sus ojos reflejaban una gran impotencia: “Sólo quiero reunirme con mi madre, quien está en Estados Unidos desde hace varios años”, me dijo. Su rostro se mantuvo triste durante los primeros días, entre tantas personas desconocidas; la incertidumbre y el lodo que se acumuló

en el terreno por la gran cantidad de lluvia tan común en ese mes. Perdió apetito y su delgadez, que casi dejaba traslucir los huesos, se hizo más evidente en el transcurso del tiempo que permaneció en el espacio de alojamiento: aproximadamente un mes, hasta que fue trasladada a un espacio alterno que se habilitó debido a la crítica situación del momento.

Su estatus no era sencillo, debía ser retornada a su país de origen, a menos que considerara la posibilidad de solicitar al gobierno mexicano la condición de refugiada, trámite que le implicaría soportar mínimo otros cuarenta y ocho días.

La primera opción significaba para ella desechar la posibilidad de reencontrarse con Liliana Vera, su madre. Regresar a Cuba en esas circunstancias la colocaría en un escenario desfavorable. Así que decidió iniciar con el llenado de los formatos para pedir el refugio ante las autoridades mexicanas. La lentitud del procedimiento, por la enorme cantidad de solicitudes y el poco personal, generó en Caridad que su estado de salud se complicara, una afectación en el sistema digestivo hizo que no tolerara más los alimentos que se le proporcionaban: huevo revuelto, sopa de fideos y frijoles refritos con demasiada grasa, hicieron que su estómago colapsara. No obstante Caridad, de un carácter fuerte como el azabache de su piel, se mantuvo firme con la ilusión de alcanzar su objetivo, ese que le movía el corazón y le estrujaba el alma: ver de nuevo a Liliana, a quien abrazó por última vez cuando ella tenía 12 años. Esa necesidad imperiosa de verla de nuevo había sido el motor de su titánica travesía desde La Habana hasta México, pasando por Nicaragua, Honduras y Guatemala.

Durante el tiempo que estuvo alojada en el espacio alterno no pudo evitar convivir con otros cubanos en condiciones similares a la suya; ahí conoció a Ray, un joven con quien compartía el sueño de llegar a Miami para reencontrarse también con su madre. Ellos se enamoraron ahí y aunque hubo días que parecía no iban a lograrlo, pasados casi tres meses llegó la noticia: habían sido aceptados y obtendrían su salida alternativa con el trámite de refugio resuelto a su favor. Ese día, con el documento en la mano, Caridad y Ray tararearon “Staying Alive”, mientras se alejaban de aquel lugar que si bien había sido un episodio muy difícil de sobrellevar, estaban dispuestos a superarlo.

Laura

La institución mexicana encargada de otorgar a los extranjeros la calidad de refugiados nos había solicitado un espacio, en las oficinas que en ese entonces coordinaba en Tuxtla Gutiérrez, para realizar la entrevista a los extranjeros solicitantes de refugio. El responsable del equipo consideró ese día atender a cuarenta personas, priorizando a mujeres, particularmente guatemaltecas, hondureñas y salvadoreñas. La jornada inició en punto de las 09:00 horas con la afluencia de varias mujeres acompañadas en su mayoría de niños, a pesar de que se les informó que acudieran solas a la cita, casi nunca pueden hacerlo puesto que no tienen cerca a familiares o amigos a quienes puedan encargarles su cuidado. Así, ese día se convirtió en una algarabía el patio de la oficina, con las caritas sonrientes de los niños que contrastaban con los angustiados rostros de sus madres por la incertidumbre que significa enfrentarse a una serie de preguntas que son determinantes para el proceso del otorgamiento de refugio.

De esa manera fueron ingresando a la sala, una por una, aproximadamente en un lapso de 20 minutos. Los oficiales que estaban atendiendo las entrevistas agotaban todos los aspectos del interrogatorio y, en cuanto la persona abandonaba el lugar, se podía observar en su rostro el reflejo mismo de la impotencia que transmitía más que mil palabras. Alguna de ellas comentó: “No creo que me den el refugio, porque vieron mis tatuajes”; otra dijo: “tal vez sí me lo otorguen porque les enseñé las heridas en mis piernas”. Estaba por concluir la serie de entrevistas, cuando apareció la protagonista de esta historia, alcancé a escuchar a lo lejos una súplica: “Por favor podrían atenderme, es que no pude venir antes”; el personal de seguridad informó inmediatamente a los oficiales que allá afuera estaba la extranjera citada con el turno cuarenta, permitiéndole, aunque estuviera fuera del horario pasar a su entrevista. Laura, de padre hondureño, madre salvadoreña, pero nacida en Guatemala, llegó a México con una maleta color rosa,

cargada de ilusiones y sueños por cumplir; su pareja, un mexicano que conoció en uno de los restaurantes en las hermosas playas caribeñas de Roatán, Honduras, en el que ella trabajaba como mesera, le había ofrecido matrimonio y una vida estable en alguna parte de Chiapas. Así llegó al país, enamorada y motivada por lo que parecía la oportunidad de su vida; con la esperanza de arraigarse en esta tierra pues su futuro en Honduras era muy incierto, ya que había perdido contacto con sus padres desde hacía varios años. En un vehículo con nomenclatura mexicana se internaron por el punto conocido como La Mesilla. La identificación de su pareja fue suficiente para que no se presentara ningún problema para cruzar. En cuanto llegaron a su destino, la sorpresa fue enorme al descubrir que la casa que habitarían estaba muy lejos de ser lo que le había prometido y, además, desde el primer día la obligó a hacer la limpieza y la encerró en la pequeña habitación sin que pudiera tomar alimento. Los días, semanas y meses posteriores fueron un tormento para ella; aunque intentó comunicarse con los vecinos a través de una ventana, nunca tuvo éxito y cuando su pareja se dio cuenta de lo que pretendía hacer, la golpeó tan fuertemente que le provocó una lesión muy severa en el párpado izquierdo, a grado tal que el día que la conocí, aunque había pasado tiempo de aquel suceso, aún permanecía muy lastimado. La solicitud de refugio la había realizado en un momento en que su pareja le dijo que irían a preguntar a la oficina de migración, para ver de qué manera ella podía tener papeles y se pusiera a trabajar. Con la información que les proporcionaron decidió solicitar el refugio como la opción “más rápida”, ya que además, dada las circunstancias, lo menos que ella quería para poder regularizar su situación migratoria en México era casarse con ese hombre. Después de pasar por la entrevista, Laura se quedó afuera de la sala. Muy asustada les informó a los oficiales que ella no podía irse de ahí, que la ayudaran, porque el hombre que la violentaba la estaba esperando afuera y ella ya no quería regresar con él. “Ahí está sentado en la banqueta, trae una camisa roja”, “salgan a verificar por favor y se darán cuenta de que es una persona muy agresiva”, les dijo. En efecto alcancé a ver al hombre con camisa roja, viendo entre los barrotes de la reja, muy

insistentemente al interior del inmueble. Después de un momento de tensión, porque debíamos pensar rápidamente en una manera discreta de sacar a Laura de ahí, con su consentimiento, esa misma noche fue trasladada a un albergue para mujeres víctimas de violencia; en aquel lugar ella nos platicó todo lo que había tenido que soportar y cómo fue que planeó aprovechar la entrevista para ponerse a salvo, de otra manera no habría sido posible, pues la mantenía encerrada e incomunicada. Afortunadamente el día que la llamaron para citarla, él se había quedado dormido y ella respondió el celular a pesar del miedo que sentía por el riesgo que representaba ya que tenía prohibido tomar el teléfono; sin embargo, una leve esperanza de que pudiera tener alguna noticia de su trámite la impulsó a hacerlo. Cuando su pareja despertó, encontró el momento idóneo para convencerlo de que la llevara, engañándolo con el argumento de que le habían notificado que le entregarían el documento y se pondría a “trabajar”. Ella le había escuchado conversaciones que la hacían sospechar de sus intenciones de ofrecerla para prostituirla. Nueve meses después de mantenerse resguardada en el albergue nació Victoria, la hija que siempre deseó y que en ese momento le daba la posibilidad de quedarse definitivamente en México. Ambas permanecieron más de un año en ese lugar, ya que la recuperación de Laura se complicó por un padecimiento renal. Un momento de gran felicidad, a pesar de las circunstancias tan precarias, fue el festejo del primer año de “Vika”, como la nombraban cariñosamente. Una enorme piñata rellena de dulces y un hermoso pastel rosa, del color de aquella maleta cargada de ilusiones con que vino a México, les permitió vivir un día inolvidable.

Flor y Luciana

De entre los rombos que se formaban en la malla protectora asomó una sonrisa que, con cierto miedo, resplandeció como un rayo de luz; su dueña, una pequeñita de unos cuatro años de edad. Lo que me transmitió fue un verdadero bálsamo ante la crítica situación de descontento y desesperación de los extranjeros alojados en un espacio alterno que se habilitó en una instalación en desuso en las afueras de Tuxtla Gutiérrez. Mi presencia en el lugar ese día no tenía otro objetivo más que despresurizar y relajar la tensión que prevalecía. El entorno con ese fuerte olor característico mezcla de sudor y adrenalina se tornó especialmente difícil al percatarme de que un sector de la población intentaba amotinarse. Al escuchar detenidamente las demandas de los extranjeros y responder a sus dudas, la tensión logró disminuir y volví los ojos y toda mi atención hacia ella, la niña de hermosa sonrisa, quien se había quedado en compañía de su madre, espectadoras del mal momento.

Flor, una mujer que había llegado a México desde Nicaragua años atrás, como lo hace la mayoría de las personas que huyen de la violencia de sus países, había logrado establecerse en la ciudad de Puebla, sobreviviendo con el poco sueldo obtenido de varios oficios que desempeñaba; desde limpiar pisos hasta el cuidado de personas de la tercera edad, gracias a sus conocimientos básicos de enfermería. En ese andar, conoció al padre de su hija, con quien vivió los recientes cinco años ya que, según me platicó, no lograron superar algunas diferencias que provocaron la ruptura definitiva, razón por la que ella había vuelto a Tuxtla Gutiérrez, ciudad que recordaba en su tránsito hacia el centro del país. Así me lo narró: “Estábamos hace tres días con mi niña en el parque del centro, cuando llegaron unos agentes que me hicieron varias preguntas y se dieron cuenta de que no era mexicana; me pidieron papeles, pero no los tengo, así que me trajeron para acá y no sé qué vaya a suceder con nosotras”, los ojos de Flor se llenaron

de lágrimas, mientras Luciana, su pequeña hija, la tomaba fuertemente de la mano, como queriendo inyectarle energía y valor. Con una espontaneidad encantadora, la niña se dirigió hacia mí para preguntar mi nombre: “Me llamo Lucía” le respondí. Mira mami le dijo, casi tenemos el mismo nombre, de luciérnaga como tú me dices, provocándonos a todos una sonrisa.

Permanecieron el tiempo justo para resolver su situación migratoria e iniciar el trámite para regularizarse por vínculo familiar. Flor y Luciana abandonaron el espacio alterno tomadas de la mano, felices de caminar juntas con la ilusión de que la niña pudiera ingresar al jardín de niños y convertirse algún día en una gran médica, como su madre lo soñó alguna vez.

Dulce

Esa tarde de abril de 2019, mientras me encontraba revisando trámites rezagados para autorizarlos o no, llamó mi atención un extraño ruido que se originó entre los extranjeros que permanecían alojados en espera de la resolución de sus procedimientos administrativos. A lo lejos parecía el lamento de una persona adulta, por lo que me acerqué para corroborar lo que estaba sucediendo. Un hombre joven, alto y delgado, sostenía con mucho esfuerzo entre sus brazos a una niña, aparentemente estaba tratando de someterla: ¿qué hace usted?, le cuestioné.

Ante la mirada expectante del resto de la población, se dirigió a mí molesto: “Mire usted oficial, dijo, es mi hija, desde hace una semana salimos de Honduras, para mí ha sido muy difícil controlarla porque ella no está bien, tiene una condición que le diagnosticaron en mi país que le llaman “síndrome del espectro autista” y debe tomar medicamentos controlados. Hemos tenido que ir de bus en bus, entre medio dormir y mal comer; ha sido muy cansado”, y sin decir más, se puso a llorar desconsoladamente ante el forcejeo de la menor, quien trataba de liberarse de los brazos de su papá, ya que por la presencia de tantas personas estaba irritada e incontrolable.

La única esperanza que tenemos y lo que me impulsa a seguir es que la mamá de la niña está en Estados Unidos y me pidió que se la llevara porque allá podrán atenderla mejor. Necesita estudios especializados y medicamentos quizá menos agresivos, para ofrecerle una mejor calidad de vida, pero como usted sabe, sin papeles para entrar a México y tampoco para poder llegar a Estados Unidos, tenemos que ver la forma de hacerlo. En la frontera de Guatemala con México le pagué a una persona para que nos transportara pero nos dejó abandonados, solo me robó el dinero. En ese tramo de la carretera nos “agarraron” y nos trajeron para acá. Disculpe -interrumpió- ¿tendrá usted un pampier?, necesito cambiarla, por favor.

Dulce, la protagonista de este relato, aproximadamente de doce años, nació en el seno de una familia garífuna, grupo étnico descen-

diente de africanos y aborígenes caribes y arahuacos originarios de varias regiones del Caribe, con presencia en Honduras, Nicaragua, Belice, hasta Guatemala. Según me platicó su padre, los primeros años de vida estuvo bajo el cuidado de su madre, quien detectó que presentaba algunas conductas repetitivas y obsesivas, además de problemas en el lenguaje, mayor fuerza física que un niño de su edad y reacciones un tanto violentas e inexplicables. Con la intención de encontrar ayuda profesional y con la esperanza de encontrar una “cura”, ella se encaminó hacia el norte, tenía ya cerca de seis meses en Estados Unidos y había logrado que atendieran a su hija en uno de los centros de cuidados del autismo con mayor prestigio en ese país.

Por nuestra parte, no debíamos escatimar esfuerzo ni demorarnos para resolver la situación de Dulce y su padre, por lo que esa misma tarde, a través de instituciones públicas vinculadas con el tema, buscamos la ayuda de una experta en la atención de niños con autismo. Inmediatamente obtuvimos el respaldo y la respuesta que necesitábamos, la Licenciada Paulina se presentó en la oficina y la revisó, no daba crédito a la historia que el padre narró mientras Dulce nuevamente presentaba una crisis.

El diagnóstico nos permitió integrar el informe con el adecuado soporte legal que la Licenciada Marysol, responsable del área jurídica, formuló para otorgarles una tarjeta por razones humanitarias; era lo que correspondía y a pesar de estar plenamente justificado, mi temor a una llamada de atención era latente, pero era más fuerte el sentido de solidaridad y empatía que Dulce nos regaló aquel día en medio del bullicio y la desesperación. Pocos meses después nos enteramos que Dulce había sido atendida por expertos y su vida tenía ya otros matices.

Mayra

“La mujer colombiana está hecha de berraquera e inteligencia” escuché decir en alguna ocasión a una de las participantes en el taller sobre la internacionalización de las ciudades, al que asistí con un grupo de colegas de varias regiones de América Latina, en la hermosa ciudad de Medellín. De primer momento no entendí la expresión, años después comprendí su gran significado.

Mayra Restrepo se veía una persona dispuesta a afrontar las dificultades y a realizar grandes tareas; sin duda una mujer decidida, valiente y audaz, originaria de Bogotá y madre de un hijo: Alberto, un joven de 25 años, con formación en Ingeniería en Telecomunicaciones, egresado de una de las universidades con mayor prestigio de su país.

Ella había tenido que asumir el rol de padre y madre al quedar viuda muy prematuramente. Trabajaba como asistente en una oficina de la Alcaldía y dedicaba su tiempo libre al cuidado de su hijo. Nunca más se enamoró y procuró el bienestar de ambos, como se lo prometió a su esposo en sus últimos días de vida, víctima de una enfermedad terminal.

Su hijo, recién egresado, había recibido una oferta laboral muy atractiva por parte de la Empresa Telecomcel, con una importante propuesta económica y la posibilidad de continuar especializándose en universidades del extranjero. Bajo esas condiciones mantuvo su trabajo durante cuatro años como Gerente de Operaciones, responsabilidad que le exigía viajar al interior del país con cierta frecuencia.

El día que desapareció, le dijo a Mayra que estaría fuera por una semana, con posibilidades de extender su gira por quince días más, motivo por el que ella no se alarmó cuando uno de los compañeros de su hijo en la empresa le informó que habían perdido contacto con él. Estaba confiada de que siendo un experto en las telecomunicaciones la llamaría en cualquier momento. La zona que debía supervisar en esa ocasión se encontraba en una región muy vulnerable por la violencia e inseguridad.

Pasadas tres semanas no perdía la esperanza de establecer contacto con su hijo, pero eso nunca sucedió, su teléfono celular timbró solamente por la llamada de un número desconocido que con algo de temor respondió y una voz intimidante del otro lado de la bocina le dijo: “Tenemos a tu hijo, nos está ayudando con los negocios, no avises a la policía, por su propio bien”, no le dieron tiempo de decir nada, su interlocutor fue muy breve, su corazón quedó destrozado al escuchar este mensaje pero cumplió con la orden, no dio aviso. Por su parte, la empresa tampoco denunció.

Fueron seis meses de angustia e impotencia lo que Mayra fue capaz de soportar, tenía información que obtuvo a través de algunas organizaciones civiles en Colombia dedicadas al tema de la protección de los Derechos Humanos, que varios jóvenes habían sido trasladados por una organización criminal para operar desde México. Un presentimiento de madre, le hizo pensar que su “Bético” como ella le llamaba, había sido uno de ellos.

A partir de ese momento se dedicó a su búsqueda. Afortunadamente su esposo le había dejado un seguro de vida de cobertura amplia que ella supo administrar y le permitía tener tranquilidad financiera. De esta manera y sin dudarlo, abordó el primer avión que la llevó a la Ciudad de México, con una sencilla valija y poco llamativa para pasar inadvertida; abordó un taxi que la condujo a un hotel en el Centro Histórico. Su acento colombiano la delató de inmediato, el taxista inició un interrogatorio que la hizo desconfiar pero que después le habría sido de mucha utilidad por los datos que obtuvo. “En los últimos meses han llegado muchos colombianos”, le dijo. “Se sabe que hay una red que se dedica a extorsionar, su modo de operar es por las redes sociales”. En ese momento Mayra se dio cuenta de que podría estar muy cerca de su objetivo. Sin embargo, en esa gran ciudad, el reto era enorme, aún así nunca se desanimó, ni mucho menos escatimó gastos.

A casi cinco meses de haber llegado, con información de un detective que le habían recomendado, se enteró que Alberto estaba en alguna ciudad cercana a la frontera sur de México. Vía terrestre arribó a Tuxtla Gutiérrez con la misma maleta, pero con el

semblante cansado y los ojos muy tristes. Para entonces, ya había presentado la denuncia de la desaparición ante las autoridades mexicanas, quienes activaron la ficha de búsqueda, con la cual se presentó implorando ayuda a cada una de las instituciones públicas de seguridad que encontró en el directorio de la página oficial del gobierno. Así como lo hizo el día que se acercó a la oficina de migración y expuso su caso. Su rostro desencajado era la expresión misma del dolor y la impotencia.

Los recursos económicos de Mayra empezaron a ser insuficientes y la esperanza de encontrar a Alberto se diluía. En medio de esas circunstancias, durante tres largos meses, recorrió los municipios más importantes del Estado. En ninguno encontró rastros de su hijo. A casi dos años de su ausencia, ella berraca e inteligente, busca la manera de llegar a Estados Unidos, con la ilusión de conseguir el asilo y unirse al movimiento internacional de madres que buscan a sus hijos, encontrarlo es por lo pronto la única motivación de su vida.

Petrona

Portando orgullosa la falda y camisa a la usanza de la mujer quiché, se asomó Petrona en la puerta de la oficina que yo ocupaba en ese entonces, cuando desempeñaba el encargo de mayor responsabilidad en el área de atención del fenómeno migratorio en Chiapas, cargando en su espalda, envuelto en un pedazo de frazada desteñida y sucia, a Mateo, su bebé de un año y medio de edad, a quien ese día le habían dado de alta en el hospital pediátrico de Tuxtla Gutiérrez luego del cuadro de neumonía que lo mantuvo en un estado crítico durante dos semanas.

Qué tranquilidad sentí de que por fin estuviera a salvo y convalenciendo de una enfermedad tan riesgosa que comprometió su vida. Esos días en el hospital habían sido angustiantes y muy complicados. Además, por la precaria situación económica de Petrona Ixcaya, mujer originaria del Departamento de Quiché, Guatemala, de complexión robusta y una larga trenza que enrollaba sobre su cabeza con una especie de tiara de listones de colores. Los medicamentos especializados para tratar la enfermedad del bebé no estaban contemplados en el cuadro básico del hospital, así que tuvieron que adquirirse gracias a la generosidad de personas externas, porque desafortunadamente los representantes de su gobierno en México “no tienen el presupuesto para ese tipo de gastos”, fue el argumento que me dio una funcionaria, quien ante mi petición de apoyo para sus connacionales y la propuesta de que compartiéramos la compra de los medicamentos, muy molesta, se negó rotundamente.

Conversando con Petrona me describió cómo y por qué había llegado a estas circunstancias. Durante cinco años vivió violencia física, emocional y económica por parte de su esposo, un hombre mucho mayor, que se dedicaba a cultivar la tierra y a beber alcohol todos los fines de semana, razón por la que ella había tomado la decisión de alejarse y recuperar su único patrimonio: un terreno que sus padres le habían heredado pero que, por cuestiones lega-

les y por no tener la capacidad económica para sufragar el pago de abogados, estaba casi por perderlo. Ante la desesperación de que eso sucediera, se aventuró a buscar un trabajo en territorio chiapaneco. No aspiraba llegar a ningún otro lugar, solamente emplearse un tiempo para tener el dinero suficiente y regresar a su país, a defender lo que le pertenecía: el pedazo de tierra que sus padres con mucho esfuerzo habían logrado tener en el municipio de Chichicastenango. En ese afán y sin documentos de viaje, después de varios días, algunos en bus y otros caminando, llegó a Tuxtla Gutiérrez. En su travesía había tenido que pasar escenarios adversos y peligrosos. En uno de los trayectos a pie, una tormenta la sorprendió y ante la imposibilidad de protegerse de la lluvia y el viento, un fuerte resfriado los atrapó, que para ella fue pasajero, pero no así para Mateo. Los pocos recursos que traía consigo le sirvieron para instalarse en una posada en el centro de la ciudad, ahí a tan sólo dos días de haber llegado, en un operativo de revisión fue rescatada y trasladada a la oficina correspondiente para resolver su estatus migratorio, y en la que la salud del bebé empeoró. Afortunadamente, a casi un mes después de que esto sucediera, mientras ella me platicaba su historia, Mateo jugueteaba con una sonaja que alguna empresa con responsabilidad social nos había donado para la población migrante. El pronóstico para la salud de Mateo era favorable. Petrona, con el rostro desencajado, trataba de explicarme que la misma funcionaria que se había negado a apoyar con los medicamentos la estaba presionando para que buscara el refugio en México: “esa mujer es mala”, fueron las palabras con las que la describió, “yo sólo quiero regresar a mi país, no me interesa quedarme aquí, allá tengo mi tierra y con mi patojito voy a salir adelante”, me dijo.

Mañosamente esa persona había pedido que el médico que atendió a Mateo certificara que el menor no se encontraba en condiciones para viajar, diagnóstico que se descartó con la revisión del Médico Mayorga. Petrona y Mateo fueron retornados a Guatemala. Un día con mucha lluvia subieron al bus que los llevó a la frontera de Tecun Uman, aún muy lejos de su destino final, con tan

solo un pequeño bulto de ropa nueva, que gracias a la generosidad de alguien, también como cuando el bebé estuvo enfermo, se les había entregado para que pudieran protegerse de los cambios de clima y la enfermedad no se presentara de nuevo. Además llevaba consigo los medicamentos necesarios para su total recuperación. Por la ventanilla del bus alcancé a ver la sonrisa esperanzadora de Petrona, mientras amantaba tiernamente a Mateo, en esa indescriptible conexión madre-hijo que a pesar de las adversidades, es lo único que nos sostiene.

Raisa y Aisha

Se aproximaba la celebración del día del niño y en la oficina de atención al fenómeno migratorio en Tuxtla Gutiérrez las oficiales encargadas de la población alojada preparaban apresuradamente algunas actividades lúdicas y recreativas para ese momento. En aquel entonces, todavía eran presentadas a las Estaciones Migratorias las innumerables familias rescatadas en los puntos de revisión en toda la geografía chiapaneca, por no haber acreditado su situación migratoria regular al ingresar a territorio mexicano.

Para esta fecha especial, se habían realizado algunas gestiones para la colaboración de diferentes instituciones del gobierno estatal y afortunadamente se obtuvo respuesta positiva, en particular respecto al área que se encarga de promover la cultura y las artes. Enviarían, a través del Programa Alas y Raíces, talleres de creatividad infantil con técnicas como origami y papiroflexia, además el vehículo conocido como “Trashumante” presentaría un cortometraje; es decir, cine para los pequeños.

El pastel, los dulces, las pizzas y un par de piñatas completaron el escenario perfecto para agasajar a cerca de 20 niños y niñas que, por azares del destino, les había tocado ese día estar alojados en el área de familias de la oficina en Tuxtla.

“Vamos a organizarnos todos y respetar el orden”, les decían las oficiales; uno a uno aparecieron los pequeños cuerpecitos y las caritas llenas de asombro y curiosidad. Un par de niñas con enormes y profundos ojos oscuros y cabellos muy rizados se acercaron inmediatamente a la sala para ubicarse en las primeras sillas dispuestas para que disfrutaran la presentación de “El increíble niño come-libros”, un cortometraje basado en el libro homónimo del artista australiano Oliver Jeffers.

De todos los menores solamente las dos niñas de grandes ojos sentadas en primera fila, en apariencia, no entendían el español. “Su madre es haitiana”, me susurró en el oído Verito, la oficial a

cargo de esta actividad, “pero no se preocupe, ellas son chilenas, ahí nacieron, entienden perfectamente los diálogos del cuento”.

Eugene Persine, con 22 años de edad, había sido “enganchada” por la red más grande de que se tiene conocimiento, la cual trasladada a los haitianos a través de varios países hasta llegar a Chile. En la búsqueda de una oportunidad de superar las condiciones tan precarias vividas en Cite Soleil, ubicada en el área metropolitana de Puerto Príncipe, Eugene aceptó la oferta de trasladarse a la Comuna de Estación Central en Santiago. Cuatro años permaneció en esa zona y fue objeto de explotación laboral y sexual: en el negocio del narcomenudeo se encargaba de distribuir cocaína en los sectores más inseguros de la ciudad; su vulnerabilidad aumentó al quedar embarazada. A los tres meses supo que nacerían gemelas, lo cual no le significó un obstáculo para continuar con su rutina diaria y poder juntar un poco de dinero para el momento del alumbramiento. Una madrugada de marzo, con fuertes dolores y completamente sola, alcanzó a llegar al Centro de Salud Familiar No. 5 y, después de un par de horas de trabajo de parto Raisa y Aisha nacieron fuertes y sanas.

“Debes aprovechar que tus hijas son chilenas”, fue lo primero que escuchó cuando despertó, después del enorme esfuerzo físico. La trabajadora social del lugar le recomendó considerar la posibilidad de llegar a Estados Unidos, las niñas podrían ser el pase directo para lograrlo, ya que con pasaporte chileno válido no necesitarían solicitar una visa.

Tuvo que esperar dos años para reunir el dinero suficiente y tomar un avión que las llevaría a Nicaragua y posteriormente vía terrestre a México. Como documento oficial de viaje solamente portaban el pasaporte: Eugene el haitiano, las niñas el chileno. Así, consiguieron llegar a la capital nicaragüense y ya las esperaba la persona que se encargaría de trasladarlas vía terrestre en compañía de otros extranjeros, hasta la frontera con México.

Un Agente en un punto de revisión migratorio detuvo su camino puesto que las dos menores y la madre eran trasladadas en un

vehículo particular por un hombre de aspecto indígena. Después de quince días de espera se resolvió que Eugene debía ser retornada a su país y las niñas, privilegiando el interés superior, debían ir con ella.

El chárter despegó del aeropuerto de Tapachula hacia Puerto Príncipe con 150 haitianos a bordo; muchos sueños frustrados y rostros desencajados partieron aquel día. Raisa y Aisha sujetadas fuertemente del brazo de su mamá, llevaban entre sus diminutas manitas un par de grullas elaboradas aquel día del niño con la técnica del origami. Cuenta una leyenda japonesa que el mayor deseo se puede hacer realidad si construyes mil grullas de papel; por lo pronto ellas, a su corta edad, llevaban hechas ya un par de éstas.

Sandra

Como buscando desesperadamente una respuesta en la obscuridad de la noche encontré a Sandra, una mujer hondureña, quien había sido presentada sin documentos válidos para transitar por territorio mexicano. En la expresión de su rostro percibí mucho temor; la acompañaba su pequeña hija, una niña de escasos 10 años que permanecía apretujada entre las piernas de la mujer, como queriendo “salvarla”, mientras se recargaba en el árbol de Cupapé, ubicado a mitad del patio de maniobras de la oficina en Tuxtla Gutiérrez.

Eran alrededor de las 2 de la mañana y el lugar permanecía sobrepoblado. Los extranjeros colocados en colchonetas habían ocupado todos los rincones, no había un solo espacio disponible para ellas. Cuando me acerqué a Sandra, le pregunté de dónde venían, “de Tegucigalpa”, me respondió, tengo un primo en Estados Unidos y él me ofreció pagar el viaje para que pudiera llegar allá y conseguir un buen trabajo, aunque mire usted, en mi país no me iba tan mal, era la recepcionista en un hotel y pues aunque no tenía un buen sueldo, me daba para vivir; de haber sabido todo esto que íbamos a pasar, pues mejor me hubiera quedado en mi casa. Ya me di cuenta que no es fácil, que no es como me habían dicho -fue su último comentario, mientras se secaba las lágrimas, antes de que las pudiéramos acomodar en un espacio improvisado al interior de las oficinas, en el que definitivamente, estarían seguras-.

Esa madrugada volví a casa, reflexionando sobre la enorme vulnerabilidad de esta mujer y su hijita, pero a la vez, convencida de que el amor incondicional de una madre hacia un hijo nos hace fuertes y capaces de vencer cualquier obstáculo. Concilié el sueño, pensando que al otro día debíamos enfrentarnos a la compleja logística del retorno de los extranjeros a su país de origen, ante una serie de dificultades en ocasiones ajenas a la institución.

No me equivoqué al pensar en lo complejo del proceso, con una cantidad semejante de extranjeros, que había desbordado nuestro afán de atenderlos. La posibilidad de resolver se tornaba especial-

mente tardada. Sandra insistía a cada momento: ¿cuándo terminará todo esto? Le expliqué que era un proceso y debía tener paciencia, pero que estando en el lugar ella y su hija estaban seguras. Fueron alrededor de diez días el tiempo que nos llevó resolver su situación migratoria y estar en posibilidades de realizar el retorno a su país. En ese lapso Sandra había pasado de la desesperación a una actitud de asumir la experiencia como un reto; volver a Honduras e iniciar de nuevo, al lado de su hija y de sus padres que, según me platicó, ya eran muy mayores pero que aún le apoyaban en lo que ella quisiera emprender; eso la motivaba mucho, por eso iba con la idea de montar una pequeña cocina económica, aunque le afligía la situación de inseguridad en los barrios y el derecho de piso que les cobran siempre. A pesar de todo eso sus ojos se iluminaron y una sonrisa le brotó aquella tarde en la que fue notificada que serían retornadas muy pronto. En el momento en que esto escribo, las recuerdo sentadas en la jardinera del árbol de Cupapé, asustadas y espectadoras de las casi 400 personas que estaban ahí en ese momento y que, en el transcurso de los días, se iban identificando entre sí por compartir desafortunadamente en su gran mayoría las mismas historias.

Clarabella

“Amiga Licenciada” me saludó cordialmente, como todos los días, un importante funcionario de la justicia chiapaneca, mientras ambos nos dirigíamos a la rutinaria reunión de seguridad, aquella fría mañana de invierno en Comitán. ¿Podrías regalarme al finalizar, unos minutos para platicarte un tema?, me preguntó. Un tanto curiosa por lo que me iba a decir, me acerqué a él en cuanto concluimos.

“Disculpa que te moleste, pero pues no lo sabemos todo y necesito que me orientes”, comenzó a explicarme. “Me llegó un caso. Es de una mujer nicaragüense, la carpeta se encuentra en poder de esta Fiscalía, pero necesito saber qué tipo de documento podría obtener la víctima por un delito que se consumó aquí en Chiapas”.

Clarabella, de aproximadamente 30 años, originaria de Managua, llevaba en el nombre su propia descripción: alta, delgada, rubia, con una belleza exuberante; se había dedicado los últimos diez años al modelaje, participaba en pasarelas y era portada en muchas de las revistas de prestigio en su país. La vida le pintaba muy bien, tenía buenos ingresos que le habían permitido adquirir un lujoso departamento en una de las zonas residenciales más exclusivas de la capital nica, del sector de Carretera hacia Masaya. Era la primogénita de un matrimonio de clase media que, a pesar de haber vivido sus primeros años de vida conyugal en un entorno adverso, consecuencia de la violencia generada en el contexto de la Revolución Popular Sandinista, pudieron ofrecerles a sus dos hijas lo indispensable. Nunca le faltó casa, comida, educación, ni vestido y alguno que otro capricho, como el auto semi-nuevo que sus padres, con gran esfuerzo, le obsequiaron cuando egresó del doceavo grado y se graduó como bachiller. Nunca tuvo aspiraciones de ingresar a la Universidad, estudiar una licenciatura ni mucho menos un posgrado; su mayor anhelo siempre fue ser famosa, una estrella de la televisión o algo relacionado con la farándula. Por eso, apenas pudo, hizo su primer curso de modelaje y se inscribió a un concur-

so de belleza del que salió rotunda triunfadora. A partir de entonces, su presencia en cualquier evento relacionado con el mundo del modelaje profesional y la belleza, era indispensable. Convencida del momento que vivía, no escatimó en lujos y una vida superflua que hicieron que se relacionara con “empresarios” que le ofrecieron mejores escenarios no sólo en su país, sino también en el extranjero: México, Francia, Italia, Estados Unidos y Rusia.

La empresa “Modechnikov” le ofreció un jugoso contrato para ser su imagen oficial. Sin dudarlo aceptó de manera inmediata y se dispuso a tramitar los documentos para viajar, pues siendo la primera vez que lo haría, no contaba con un pasaporte y mucho menos con una visa americana. Partió en vuelo privado desde el Aeropuerto Internacional “Augusto C. Sandino”, desde Managua, Nicaragua, con destino aparente al “John F. Kennedy”.

Haremos algunas escalas, le dijo su acompañante, un hombre de complexión robusta y acento ruso. La imponente Ciudad de México fue lo primero que vieron sus ojos después de casi tres horas de vuelo; había escuchado de lo grande y espectacular que es la capital mexicana, pero se habían quedado cortos, Clarabella estaba impresionada. Sin embargo, nunca le dijeron que necesitaría una visa de turista para entrar al país; el ruso le tenía todo preparado, le entregó una carpeta y le indicó: “estos son los papeles que te permiten permanecer en territorio mexicano”. Muy confundida porque en principio el contrato contemplaba una serie de eventos en Estados Unidos, la instrucción fue que debía hospedarse en el Hotel Hilton de la Avenida Juárez, ahí la contactaría una persona, quien le presentaría a una persona con poder y dinero. Ese fue el inicio del calvario que vivió durante un año. Fue llevada a una casa en la que había alrededor de quince mujeres más, todas tenían en común que no eran mexicanas y portaban documentos falsos. De manera muy organizada eran obligadas y sometidas a darles compañía a políticos y empresarios que pagaban fuertes sumas de dinero por sus servicios.

Clarabella planeó la manera de escapar y en una leve distracción del cliente logró llegar a la Terminal de Autobuses de Pasajeros de

Oriente. Muy asustada preguntó en una ventanilla qué bus tendría que tomar para ir a Guatemala, tenía la idea que para regresar a Nicaragua el trayecto debía ser por esa vía. Debes ir a Chiapas, le indicó la persona encargada de la operatividad de la línea de autobuses, el boleto tiene un costo de 1,500 pesos. A pesar del daño físico y psicológico que presentaba, su belleza no pasó desapercibida para muchos. En la bolsa de su pantalón llevaba solamente 1,200 pesos, los cuales ofreció para que pudiera abordar el primer autobús con destino a Tapachula. El chofer de la unidad aceptó y la sentó en la primera fila, eran alrededor de las 6 de la tarde, hicieron un alto para cenar cerca de la media noche. El conductor le invitó los alimentos y ofreció el camarote para que descansara, a lo que ella aceptó, confiada de que nada peor a lo que ya había vivido le podría suceder; desafortunadamente se equivocó. Fue abusada sexualmente y abandonada en el tramo de la carretera Arriaga- Pijijiapan. Afortunadamente, fue auxiliada por el grupo de protección a migrantes vulnerables y en situaciones de peligro, e inmediatamente fue llevada al hospital ya que presentaba un cuadro de deshidratación y severo daño emocional. Posteriormente la condujeron a un albergue, en el que recibió el apoyo necesario para superar el difícil trance.

Conocí personalmente a Clarabella el día que concluyó su trámite y recibió un documento por razones humanitarias; en su rostro de delicadas facciones se dibujó una sonrisa que se diluyó al enterarse que debería esperar a que las investigaciones concluyeran y el responsable fuera presentando ante las autoridades. Afortunadamente el proceso fue rápido, el culpable purga una condena en una prisión de alta seguridad, ella pudo viajar de regreso a su país e iniciar un nuevo proyecto, lejos de los reflectores y el maquillaje. Desde una Fundación impulsa acciones para la erradicación del tráfico y trata de personas, su esfuerzo está teniendo grandes resultados.

Lulú

Caminando distraída en el interior de la oficina que ocupé durante algunos meses en la institución que se encarga de atender el fenómeno migratorio en Chiapas, un día que pintaba ser intenso, escuché una voz entrecortada que me trajo de vuelta a la realidad. “Disculpe que la interrumpa” –me dijo una mujer, su mirada con tonos esmeralda ganó mi atención de inmediato- me apena mucho molestarla pero necesito pedirle un gran favor, me dijeron que no podría hablar con usted y mucho menos que me atendería, pero no tengo otra opción y por eso me atreví”. Pase y siéntese -le indiqué -, con mucho gusto la escucho, dígame ¿qué puedo hacer por usted?

Mi nombre es Lourdes Mejía, soy hondureña, llegué a México con mi esposo y mis dos hijos, hace diez años. Es que allá en mi país la vida es muy dura, además la 18 (se refería a la Mara Barrio 18), quería matar a mi familia y tuvimos que huir. Sus ojos tristes se llenaron de lágrimas mientras me contaba el episodio. Mario, mi marido-comenzó a contarme-, tenía un taller mecánico en la Colonia Nueva Suyapa, donde vivíamos en Tegucigalpa; él es muy bueno en su oficio, había logrado tener una gran clientela y empezaba con el negocio de la venta de refacciones automotrices, pero desafortunadamente ahí operan al menos tres pandillas: la MS-13, Barrio 18 y los Benjamines. Ellos al darse cuenta que le estaba yendo muy bien con los ingresos, empezaron a extorsionarlo para cobrarle derecho de piso; así comenzó nuestra pesadilla. Cada semana debía entregarles una fuerte cantidad de lempiras, aproximadamente 16,000. Llegó un momento en el que ya no pudo cumplir con el dinero y empezaron a amenazarlo de muerte, así que tomamos la decisión de salvar nuestra vida.

Un buen día Lourdes y Mario dejaron todo, su casa y sus pocas pertenencias. Buscando un mejor lugar, sobre todo sin violencia, cruzaron la frontera sur de México por uno de los tantos caminos de extravío en los que no existe ningún tipo de control, pues no contaban con pasaporte y mucho menos con una visa mexicana; así llegaron al municipio de Frontera Comalapa. Ahí Mario consiguió

un modesto trabajo de ayudante en una tienda de abarrotes y con lo poco que ganaba apenas les alcanzaba para comer. Ella, por su parte, lavaba ropa ajena y eventualmente hacía el aseo en algunas casas de los lugareños, para obtener un poco más de dinero.

Hace un año –me contó- llegó a la clínica del pueblo una campaña de prevención y detección temprana del cáncer de mama. Cierta día, haciendo sus quehaceres diarios, se había sentido una bolita en uno de los senos, temiendo que no la quisieran atender por no ser mexicana decidió presentarse a la campaña de salud.

Una semana después la contactaron para darle la noticia de que los resultados de la mastografía no eran alentadores, algunos hallazgos en apariencia malignos debían ser descartados a través de una biopsia. Era necesario que acudiera al Hospital de la Mujer en Comitán para el seguimiento. Tuvieron que mudarse a Comitán, con muy poco dinero pero con la esperanza de que la salud de Lulú, como la llaman cariñosamente, no estuviera en riesgo y todo se quedara en un desagradable momento.

Tristemente, los resultados fueron positivos para cáncer de mama, tenía que ser sometida a una cirugía y por lo avanzado del problema le extirparon el seno; posteriormente fue sometida a un tratamiento inicial con quimioterapia, el cual debía concluir en el Instituto Nacional de Cancerología en la Ciudad de México.

Por ese motivo se había presentado conmigo, necesitaba regularizar su situación migratoria y obtener algún documento que le permitiera continuar recibiendo la ayuda que le estaban brindando las instituciones de salud mexicanas. Afortunadamente en ese momento se había iniciado una campaña de regularización gratuita para extranjeros. Su caso de extrema vulnerabilidad, los convertía a ella y a su familia indiscutiblemente en candidatos para recibir la residencia temporal. El trámite duró el tiempo justo para que Lulú y Mario pudieran organizarse y emprender el viaje a la capital. Antes de irse pasó a verme nuevamente a la oficina. Como el día que la conocí, se acercó a la puerta del cubículo y con una hermosa sonrisa me dijo: “Dios me ama mucho, sé que voy a salir

adelante y superar esta enfermedad”. Su energía y entusiasmo me acompañan desde entonces, su esfuerzo, dolor y sacrificio han dejado en mí una enorme lección de vida.

La última vez que nos vimos portaba un vestido floreado en contraste con el intenso verde de sus ojos, que la hacían lucir radiante. En esa ocasión me compartió con mucha alegría que había sido beneficiada con la donación de una prótesis elaborada de manera artesanal con semillas de linaza. “Me siento completa”, me dijo. La enfermedad fue detectada a tiempo y eso ayudó. Además Mario inauguró su propio taller; aquel fue un gran día para mí.

Elisa

A sus escasos 14 años Elisa tuvo que asumir la gran responsabilidad de velar por sus tres hermanitos: Óscar, Mario y Yuli. Su madre había partido hacia México con la ilusión de conseguir un trabajo y ofrecerles una mejor calidad de vida. En El Salvador imperaba un clima de violencia y desestabilización política, económica y social, producto de la fuerte oleada de bandas delincuenciales que se habían apoderado del control del país. Su padre los había abandonado hacía varios años.

Por favor hija, cuida a tus hermanos, fue el mensaje que su madre le dejó escrito en una arrugada hoja de papel el día que tomó la difícil decisión. Le prometió que en cuanto ella lograra establecerse, los iba llevar para que estuvieran todos juntos. Por lo pronto Elisa debía asumir el rol de madre y padre, lo cual representaba un enorme reto debido a su corta edad y el difícil panorama de su entorno. Su humilde casa en San Salvador, Departamento de la Zona Central del País, se ubicaba en uno de los barrios “bravos”, característico de los cinturones de pobreza que se forman en la mayoría de las ciudades capitales del mundo, la zona marginal conocida como El Nuevo Amanecer, sector San Bartolo, ciudad de Ilopango del área metropolitana. Ahí sus días transcurrían lentamente. Algunos parientes los visitaban con cierta frecuencia pero solamente su abuela les procuraba un poco de atención y les manifestaba cariño, pero nunca fue lo mismo, como cuando estaba su madre, a quien le había tomado un par de semanas lograr pasar la frontera a México, sin ningún documento oficial de viaje.

Llegó a Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. Ahí encontró un trabajo como cocinera en un restaurante, preparando además de los platillos chiapanecos, las típicas pupusas salvadoreñas, con las cuales se ganó la simpatía de sus patrones, quienes supieron recompensarla por innovar el menú y atraer muchos clientes. Por su parte, Elisa veía cada vez más difícil que la promesa de su madre se hiciera realidad algún día. Habían pasado ya cerca de dos años y si bien

les enviaba dinero para comer e ir a la escuela en los días cuando en el barrio no había mucha violencia, el sueño de reencontrarse se alejaba.

Una llamada telefónica cambiaría el rumbo de su historia: “Hija tienes que ir hoy a la agencia de viajes “Century”, está cerca del parque, enfrente de la papelería, pregunta por la señora Ana, ella te dirá lo que tienes que hacer”. Elisa, un tanto temerosa, solo alcanzó a decir que Yuli estaba enferma y que necesitaba dinero para llevarla al médico y comprar los medicamentos. Al otro día iría a cumplir con la encomienda, en ese momento sólo le interesaba que su hermanita recuperara la salud, puesto que una intensa fiebre la mantuvo despierta la noche anterior y se encontraba muy débil.

Transcurrió una semana para que pudiera ir a la agencia de viajes; la mujer con quien debía entrevistarse la esperaba con mucha molestia porque el viaje estaba ya pactado y programado para que Elisa y sus hermanos partieran de ahí al día siguiente y se había demorado. “Tus tíos”, le ordenó la mujer, pasarán por ustedes a su casa, no lleven muchas cosas, solo un cambio de ropa y nada más. Con mucho miedo porque no entendía lo que pasaba, regresó a casa e hizo lo que le habían indicado. Ahora, con casi 16 años, se había convertido en una linda jovencita con cabello ensortijado y hoyuelos en las mejillas que dejaba ver cada vez que sonreía, aunque eso fuera muy esporádico. Había sido objeto de violencia física por un familiar cercano y su carácter se forjó desconfiado y rudo, no permitiría que nada ni nadie le hiciera nuevamente daño ni a ella ni a sus hermanitos.

A la mañana siguiente, muy temprano, un vehículo compacto de modelo reciente se acercó a la acera de su casa y de éste descendieron un hombre y una mujer, quienes tocaron fuertemente a su puerta. Elisa tenía lista la modesta mochila con ropa y las medicinas de Yuli, quien afortunadamente ya estaba recuperada. Van a hacer lo que nosotros les indiquemos -les dijeron-, vamos a llevarlos a México pero si nos detiene la policía o la migra, tendrán que decir que somos sus tíos, aquí tiene cada uno el acta de nacimiento mexicana, les daremos la comida y no pregunten más. Elisa, mien-

tras el carro avanzaba, volteó a ver de reojo su casa y un cúmulo de recuerdos llegaron a su mente; no pudo evitar sentir pena ni que un par de lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

En dos días recorrieron los cerca de 650 kms. desde San Salvador hasta la frontera con México. Durante el trayecto los trataron bien, les dieron de comer y descansaron en hoteles bastante decorosos y limpios; después se enteraría que el tipo de “servicio” depende del paquete que se haya adquirido.

Era un viernes, se sentía mucho calor y todos iban amontonados porque, además de ellos, estaban siendo trasladados dos jóvenes más. ¡Despierten!, les dijeron, estamos en La Mesilla, ya casi en el lugar donde los vamos a dejar. Lograron llegar hasta el punto donde los esperaba otra pareja, una mujer y un hombre; era un parque un poco pintoresco en el que se dejaba ver un enorme letrero “Bienvenidos Puerto Fronterizo de Ciudad Cuauhtémoc, Chiapas”. ¡Ya estaban en México! Elisa recordaba que su madre le había dicho que vivía en Chiapas. De ahí fueron “resguardados” en una casa de otro pueblo, ahí les dieron de comer huevos fritos que les supo a gloria.

Pasados dos días, por fin fueron comunicados vía telefónica con su madre: “Hija –le dijo- ya falta muy poco para que estemos juntos, no tengas miedo y confía en las personas que los van a traer conmigo”.

Su arribo a Tuxtla Gutiérrez fue un 25 de marzo, el día que Elisa cumplía años, ese fue el mejor regalo, la satisfacción del deber cumplido. Ahí mismo se enteró de que su madre había tenido que pagar mil dólares por cada uno de ellos para lograr reunirse. Ahora les esperaba enfrentarse a otra vida. Los cuatro ingresaron a instituciones educativas, pero por la falta de documentos se inclinaron por aprender un oficio: Óscar y Mario a la peluquería, Yuli a la cosmetología. Elisa logró concluir la Secundaria y aspira estudiar la carrera de enfermería, aunque ahora su prioridad son los dos pequeños hijos que procreó con un joven chiapaneco, con quien ha logrado conformar esa familia que soñó y se mereció siempre.

María de Carmelo

Ella es María de Carmelo, mujer Chuj de 48 años, originaria del caserío La Libertad, en Gracias a Dios, Guatemala. La conocí un día que tomé el transporte público de Carmen Xhan a Comitán. Estaba sentada en el asiento adelante de mí, la acompañaba una hermosa niña que abría muy grande los ojos observándome curiosa debido a la careta de acrílico que yo traía puesta en ese momento, como medida de prevención de contagio del Covid-19.

¿Cómo te llamas? le pregunté a la menor. Desconfiadas ambas, entre dientes, la mujer me respondió, se llama Aracely, es la menor de mis 7 hijos. ¿Y a dónde van? Le pregunté de nuevo. “Vamos a Comitán, allá compramos verduras para después venderlas en la comunidad, es que por el tipo de cambio, le ganamos un poquito más. Eso es lo que hacemos cada semana para sustento de mi familia”, me dijo.

La localidad de Carmen Xhan, en el municipio de La Trinitaria, Chiapas, es un punto de internación formal hacia territorio mexicano; se caracteriza porque pareciera que en este espacio nada sucede, con una población aproximada de 300 personas y calles de terracería; en algunos momentos sólo se percibe el perifoneo invitando a las amas de casa a comprar pollo, pescado o algún otro tipo de alimento. Las verdes montañas que rodean el pueblito representan la frontera natural entre México y Guatemala; si se levanta la vista se dejan ver las mojoneras que demarcan la porosa frontera física. Del otro lado, la Aldea Gracias a Dios, en el municipio Nentón del Departamento de Huehuetenango. Este es el paso obligado para miles de personas en su camino hacia México, un espacio de intercambio y hasta de cooperación, como cualquier otra frontera, pero que puede llegar a ser un episodio devastador para cualquier persona en su intento de internarse a México de manera irregular (sin documentos), por las condiciones en las que son “movidos”.

En el caso de María “entra” a México cada semana con su documento migratorio en orden o un “pase” como ellos le dicen. Se trata de una tarjeta de visitante que otorga el Gobierno mexicano y le permite tran-

sitar por los municipios de cuatro estados de la República Mexicana: Chiapas, Tabasco, Campeche y Quintana Roo; sin embargo, a ella sólo le interesa llegar a Comitán. Con su acento chuj castellanizado me platica que debe levantarse muy temprano para poder hacer la travesía del día; cuando concluye, regresa a su casa con una buena carga de papas, zanahorias y chayotes y con un enorme cansancio pero con la gran satisfacción de haberlo logrado, porque del producto de ese trabajo comen sus hijos, aunque también sobreviven de la cosecha del tomate.

Me gustaría visitarte algún día María, le digo. Sí, cuando tú quieras puedes ir, allí todas las personas son muy buenas y te dan de comer y hasta te puedes quedar en mi casa si quieres. Tienes que tomar un transporte de Gracias a Dios y en una hora estarás en La Libertad, aunque si te toca “agarrar” un bus muy lento que vaya parando en cada caserío, pues si te harás más tiempo, pero es muy fácil llegar.

En la conversación, interviene otra mujer que también va en el transporte. De ella nunca supe el nombre pero se involucró en el momento que hablábamos con María sobre nuestro rol de criar a los hijos. Yo tuve que sacrificar mucho a mis hijos –dijo aquella otra mujer- porque tenía que salir a trabajar hasta muy tarde limpiando casas aquí en México; cuando regresaba, mis hijos ya estaban durmiendo, pero Dios me ayudó, en ese ir y venir durante tantos años aprendí que las fronteras solo están en la mente de los hombres, porque si estamos tan cerquita para qué poner tantas “trabas”, sólo queremos una mejor vida para nuestras familias, me explicaba.

Desafortunadamente, en esa ocasión, el transporte público solo podría trasladarnos hasta la comunidad de Lázaro Cárdenas, ahí tendríamos que transbordar para poder llegar a nuestro destino: Comitán. En ese día tan lluvioso, la única opción que tuvimos fue esperar el transporte colectivo que vendría desde los Lagos de Montebello. En el trayecto me puse a pensar sobre lo afortunada que había sido de conocerlas, sus historias reflejan la vivencia de cientos, miles de mujeres no solo guatemaltecas o centroamericanas que se enfrentan a una serie de circunstancias adversas, pero que sin duda en la frontera se viven y se superan de otra manera.

Ariana

Yo he tenido que vivir y superar situaciones muy difíciles, fue lo que escuché de Ariana la primera vez que platicamos en la oficina de Carmen Xhan. En el pueblo todos tenemos la ilusión de irnos hacia el norte del país y trabajar en esas empresas que pagan muy bien para tener una mejor calidad de vida, me decía. Es que como en este lugar no hay muchas opciones de trabajo, muchos jóvenes se van para Estados Unidos, a Tijuana, a Monterrey, a Playa del Carmen o a Cancún. Si usted preguntara, casa por casa, se daría cuenta de que no hay jóvenes, menos aún varones. En mi caso, la primera vez que me fui, porque un primo me dijo que allá en el norte se ganaba muy bien -así me arriesgué-, pasé en un autobús cuatro días con sus noches, hasta que llegué a mi destino. Lo más difícil fue haber dejado a mi hija, estaba muy pequeñita, lo hice pensando en su bienestar pero, sinceramente, no lo volvería a hacer. Se sufre mucho, porque uno llega con la ilusión de conseguir un empleo rápidamente, pero en la mayoría de las maquiladoras realizan estudios médicos para saber si una tiene alguna enfermedad o algún problema en la vista sobre todo; por eso a mí la primera vez no me contrataron porque los exámenes de visión salieron mal. Ese día quería salir corriendo de regreso a mi casa, pero sólo el recordar todo lo que yo había tenido que hacer para irme y que no fue nada fácil, me obligaba a mantenerme firme en mi decisión. La primera oportunidad fue en una fábrica en la que tenía que colocar un cable a una pantalla, era una labor muy mecánica y me obligaba a permanecer en cierta posición, que provocó un malestar en mi columna. Así que tuve que buscar otra opción y conseguí entrar a trabajar en una maquiladora de muñecos de cerámica; tenía que pintarles la cara, no era un trabajo difícil y además fue la empresa donde mejor me trataron; tuve un jefe que aún recuerdo era muy buena persona, se llamaba Edgar. Sólo estuve un año en Tijuana, tuve que regresar sobre todo por mi hija. Después, busqué suerte en Playa del Carmen, ahí permanecí cuatro meses, haciendo el aseo en un hotel, tampoco me gustó porque en ese entonces estaba

muy peligroso y habían asesinado a una muchacha chiapaneca en la zona hotelera.

Así que como sea, aquí estoy cerca de mi familia y lo más importante: pendiente de mi hija, quien me necesita mucho, porque su papá no la ve, a pesar de que sigue siendo muy difícil estar así aquí, lo prefiero a estar lejos. Aquí en la “línea” no solo las extranjeras sufren, también las mexicanas tenemos que enfrentar batallas. Quizá algún día intente irme a Estados Unidos, pero esperaré a que mi hija esté más grande y tal vez la lleve conmigo. De sur a norte el trayecto es muy riesgoso pero no queda de otra, es la alternativa para estar mejor.

La hija de Ariana, con casi 12 años, aspira convertirse un día en una destacada e importante estilista. Su madre le ha dicho que lo más importante es que siga estudiando la Secundaria y la Preparatoria, pero en el fondo sabe que también ella tendrá que enfrentarse en algún momento a esa travesía instalada en el imaginario colectivo de las mujeres de frontera.

Carmen

Una tarde del mes de julio concluí satisfecha mi jornada laboral y me dirigí a descansar a mi pequeño pero pintoresco cuarto, acompañada de la sensación que provoca el hermoso verde de la naturaleza que rodea a Carmen Xhan, línea fronteriza entre México y Guatemala.

Con la ventana semiabierta y recostada en la dura cama disfrutaba la frescura del aire que emana de las montañas, de los lagos de Montebello, mientras repasaba algunos artículos periodísticos contenidos en uno de los libros que me habían obsequiado recientemente, con la mejor de las dedicatorias. Pasaron solo un par de horas y concilié un profundo sueño, en el que surgió una escena que parecía una premonición de lo que días después vi en un reportaje de una televisora nacional: un grupo de mujeres, no menos de cuarenta, se deslizaban del cerro, con mochilas al hombro y algunas con niños, corrían apresuradamente mientras eran encaminadas por un par de hombres. Al despertar, a la mañana siguiente, no pude evitar recordar a Carmen, una joven hondureña que llegó al país en circunstancias similares a las del sueño, pero que cuando la conocí no fui capaz de dimensionar de lo que me estaba hablando. Ella, una mujer de unos 24 años, con un físico agraciado, me platicó que había conocido en Ciudad de Guatemala a un supuesto funcionario del gobierno, con quien inició una relación de amistad y que éste le demostró en todo momento su solidaridad y empatía, apoyándola para que consiguiera un empleo y pudiera continuar sus estudios. Así ocurrió durante un año, inició una carrera técnica en “administración de pequeñas empresas”, estaba por comenzar sus prácticas cuando su “amigo” le ofreció hacer una gira de negocios a México, lo cual a Carmen le pareció muy interesante por el perfil de los estudios que estaba realizando. Hicieron una ruta en vehículo particular desde Ciudad de Guatemala hasta Huehuetenango, en donde las cosas empezaron a cambiar. En el hotel en el que se hospedaron fueron abordados por dos hombres,

quienes les indicaron que “la mercancía” estaba lista y debían trasladarla al día siguiente. De acuerdo con la versión de Carmen, se trataba de unas cuarenta mujeres en edades promedio entre 18 y 35 años, algunas con niños y con mochilas al hombro, así como en el sueño. Ella sería la encargada de entregarlas en la “línea”, aún sin tener claridad de lo que se trataba. Muy de madrugada un camión la esperaba para hacer el recorrido hasta el cerro indicado en la localidad de Gracias a Dios, del cual se desgajan hasta llegar a la Colonia Carmen Xhan. Carmen cumplió con la encomienda y ahí mismo vio una oportunidad para quedarse en territorio mexicano, su desconocimiento la llevó a aventurarse, tratando de avanzar sin documentos de viaje en transporte público hasta la ciudad de San Cristóbal de las Casas, lugar en el que fue identificada en el punto de revisión, a bordo de un autobús con destino a la Ciudad de México. Mientras ella esperaba resignada el retorno a su país de origen, otras cuarenta mujeres iniciaban de nuevo un episodio similar.

Indira

“Cuando el cuerpo se enfría es cuando se sienten los golpes, pero estando en el ring no sientes nada, esa adrenalina es la que me gusta”, fue la respuesta que recibí de Indira al preguntarle ¿qué te gusta de practicar el boxeo?

Nacida en Tegucigalpa, Honduras, cabello corto, complexión atlética, sonriente y jovial, participaría en una exhibición de box a realizarse en Tuxtla Gutiérrez. Había sido invitada por un promotor chiapaneco para darse a conocer en México. Me platicó que decidió dedicarse al pugilismo porque en su dicho: “Las mujeres somos fuertes y podemos hacerlo”. Un 12 de agosto se presentó en el punto de internación de Carmen Xhan para tramitar el documento que le permitiría internarse a México y cumplir con su compromiso en la capital de Chiapas. Acompañada de otro joven boxeador, también hondureño, esperaron pacientemente para poder realizar su trámite; mientras eso sucedía, me acerqué a ellos para revisar la vigencia de su documento de identificación y me platicaron que hacía cuatro días habían salido de su país pero que no tenían idea de cuál era el trayecto que debían tomar para llegar a la frontera de México. Preguntando y por recomendaciones de personas que se encontraron en el camino lograron llegar a Gracias a Dios pero, hasta ese momento, tampoco sabían que debían tener una visa para “entrar” al país. Afortunadamente cumplían con los requisitos para obtener la tarjeta que les permitiría llegar a Tuxtla Gutiérrez y evitar imprevistos por permanecer en México de manera irregular. En el momento que recibieron el documento se les advirtió que solo podían permanecer máximo siete días y debían salir del país en cuanto se cumpliera el plazo, así evitarían cualquier tipo de complicación.

Al despedirlos cuando ya se encaminaban a Tuxtla Gutiérrez no pude evitar comentarles que me daba mucho gusto saber que no todo es malo en Honduras, porque desafortunadamente la gran mayoría de las personas que llegan a México procedentes de ese

país manifiestan que allá no hay oportunidades y todo es en sentido negativo. “Claro que en mi país no es fácil”, dijo Indira “pero nosotros hemos buscado la manera de salir adelante, tenemos una academia de box y nos va bien, tratamos de transmitir a nuestros alumnos que el poder está en la gente y que trabajando podemos tener un mejor país y quitarnos esa etiqueta de violencia e inseguridad que nos ha hecho presa fácil de las grandes redes de tráfico de personas que ofrecen un paraíso y en que, por desconocimiento, los hondureños caemos fácilmente, ante la opacidad de las autoridades de mi país que no resuelven nada”.

Al verlos partir reflexioné sobre la importancia de estar informado, que cuando se tiene la información se pueden tomar decisiones y que ahí radica la diferencia entre migrar de manera segura o enfrentarse a enormes riesgos. A los pocos días leí en la sección de deportes de un periódico local sobre la presentación de la pugilista hondureña Indira “La Dragona” Hoyuela, quien intentó en todo momento hacer daño a su rival, sin conseguirlo. Días después regresó con algunos golpes en el rostro para abandonar el país, pero, con la gran satisfacción de haber intentado la victoria.

Génesis

“Va firmar con la letra fea” dijo Génesis cuando solicitamos a su acompañante registrar sus datos generales para iniciar el proceso administrativo migratorio correspondiente y poder trasladarlas desde Playas de Catazajá hacia Palenque, para ser presentadas ante la oficina administrativa de Niños, Niñas y Adolescentes. Con unos ojos muy despiertos pero tristes, la niña no dejaba de decir, “es que cuando está así no sabe ni lo que escribe”, refiriéndose a su madre, una mujer joven, de unos 28 años, quien en ese momento se comportaba distraída y un poco agresiva ante el interrogatorio propio de una revisión en un punto de control migratorio.

Procedentes de Tegucigalpa, Honduras, Estrella y Génesis se habían internado en el país de manera irregular por Frontera Corozal y pretendían ir “para arriba”, buscando una mejor oportunidad de vida, por lo que se habían comprado los pasajes en una combi del transporte público, en el que fueron identificadas por no presentar documentos válidos para estar en México. Inocentemente, Génesis comentó que su madre traía en su maleta muchas pastillas que le servían para “estar tranquila”, pero que ese día había ingerido más cantidad de lo normal. “Cállate tonta”, le gritó la mujer enfurecida ante la franqueza de la niña, quien además ya había narrado que llevaban 10 días durmiendo en la calle y comiendo sobras de alimento que recogían de los botes de basura. “Es que para nosotros los pobres, la vida no es fácil”, exclamó la mujer en un tono un tanto de reclamo, comentario que no pasó desapercibido para Génesis y sonrió nerviosamente, a pesar de sus escasos 10 años; respondía las preguntas y observaba detenidamente a la mujer, quien con un gesto fruncido trataba de inducir los comentarios de la niña. Cuando logró estar un poco más concentrada, la joven madre accedió a presentar sus documentos de identidad y estampar su firma que, como bien lo había advertido Génesis, era chueca y sin forma. También logramos que pudiera darnos mayores datos de la niña para poder corroborar que en realidad existía la relación familiar.

Ya en un estado más consciente, la mamá nos platicó que ella padecía trastornos y que por esa razón necesitaba de ciertos medicamentos pero que cada vez debía consumir más para que le hicieran efecto. “Sí, nosotras allá en Honduras tenemos una familia”, comentó la menor. Los abuelos maternos de Génesis se encargaban del cuidado y manutención de ambas pero, en un momento de crisis de abstinencia, resultado de haber sido internada para su rehabilitación, huyó del lugar, no sin antes pasar por su pequeña hija, exponiéndola a una travesía con muchos riesgos. La mirada luminosa de la niña en el momento de ser trasladadas hacia la oficina en la que resolverían su situación migratoria contrastó con las enormes nubes negras que se asomaron en el hermoso cielo de Catazajá, anunciando un aguacero.

Meli

Esaie y Judith buscaron incansablemente la manera de tener una vida estable y en condiciones que les permitiera formar una familia como la habían visualizado aquel día del mes de diciembre de 2016, en que contrajeron matrimonio ante familiares y amigos bajo las costumbres de un ritual vudú.

A pesar de la precariedad en la que iniciaron su proyecto de vida, pues vivían en Haití, el país más pobre de América Latina y uno de los más pobres del mundo, que había sido golpeado por un terremoto de 7 grados en la escala de Richter el 12 de enero de 2010, dejando a Puerto Príncipe bajo los escombros y un saldo de más de 200 mil muertos, Esaie y Judith se esforzaban cada día con la esperanza de que las condiciones de pobreza y marginación en la que estaban podían transformarse.

Su visión cambió en el momento en que se enteraron que pronto llegaría una persona más a su vida. A pesar de los esfuerzos de Esaie por conseguir más “gordas” (Gourde) y tener un trabajo formal, pasaba los días como ayudante en una construcción y por las noches –algunas de la semana- como velador de la misma. Por su parte, Judith atendía un pequeño puesto de verduras en el mercado, mientras el embarazo se lo permitió. Con grandes complicaciones en su estado de salud, por ser de talla grande y tener sobrepeso, la gestación del bebé llegó a su término y con la ayuda de Esaie, su padre, Meli nació en el pequeño cuarto que habitaban, en medio de mucha pobreza. Sin embargo, el nacimiento de su primera hija fue motivo de gran felicidad para ellos, la cual se diluía por momentos ante la angustia de no poder sufragar los gastos propios de un acontecimiento de esta naturaleza. Esaie había logrado reunir un poco de dinero con el que compró ropa y pañales, pero aún estaba pendiente el pago de la renta del pequeño cuarto que ocupaban en Maricao, uno de los barrios más pobres de la capital de Haití.

Fueron momentos de mucha desesperación, al grado de tener que sacrificar Esaie su plato de comida para que Judith tuviera la ración

de alimento necesario para una mujer lactando. Así transcurrieron ocho meses, hasta el día en que el mejor amigo de Esaie le compartió una publicación en las redes sociales: “van kay ou, van tout sao u genyen, peye twamil dola epi nap baw yon contra travay Chili” (vende tu casa, vende todo lo que tienes, paga tres mil dólares y te damos un contrato de trabajo en Chile).

Su madre, al morir, le había dejado a Esaie un lote de joyas que guardaba celosamente porque habían pertenecido a varias generaciones anteriores y su valor, eso suponía él, era más sentimental que económico. Gran sorpresa se llevó cuando en el mercado negro le dieron seis mil quinientos dólares por sus piedras preciosas, suficiente para tomar a Judith y a Meli y emprender la travesía. Llegaron a Santiago de Chile, vía aérea, un día de junio, en pleno invierno. A pesar de la barrera del idioma y del clima, lograron instalarse en Quilicura, al norte de la capital chilena, en donde se concentra la mayoría de la población haitiana. Aún sin el contrato de trabajo prometido, iniciaron una nueva vida, con la noticia de que pronto llegaría otro hijo; Judith tenía ya cinco meses de embarazo de otra niña a la que llamaron Joane.

Esaie tuvo que considerar de nuevo recurrir a la posibilidad de moverse, en esta ocasión hacia Estados Unidos. Enfocado en su objetivo, trabajó intensamente durante casi dos años como empleado de limpieza de una aerolínea en el Aeropuerto de Santiago. Con el dinero que logró reunir, decidió tomar con su mujer y sus pequeñas hijas el bus que los condujo a la frontera con Perú, para posteriormente dirigirse a Ecuador en un viaje de cuatro días, hasta la línea fronteriza con Colombia y después enfrentarse a la dura ruta en la selva en el Tapón de Darién, la cual puede prolongarse hasta veinte días para atravesarla, exponiéndose a peligros propios de una selva, además de grupos delincuenciales locales que controlan esa región. Al llegar a Panamá, después de casi un mes de haber iniciado el recorrido, los recursos eran cada vez más limitados, por lo que tuvieron que establecerse durante dos meses en la provincia Chiriquí, región fronteriza con Costa Rica, lugar en el que consiguieron quedarse en un albergue con comida y una estancia para descansar.

Un mes después iniciaron de nuevo su trayecto hacia su objetivo final. Lograron atravesar Costa Rica sin mayor problema a diferencia de Nicaragua donde sí tuvieron que pagar para que fueran trasladados hasta llegar a Honduras, en donde el cruce no es tan difícil. Pudieron continuar su trayectoria en bus hasta Guatemala, en donde nuevamente tuvieron que buscar el “servicio” para ser movidos hasta México, internándose por Tapachula. Ante la imposibilidad de conseguir documentos que les permitiera avanzar hacia el norte de México, decidieron tomar rutas alternas y caminos menos comunes en varios municipios de Chiapas como Motozintla, Chicomuselo, La Concordia, Villaflora, Ocozacoautla, Tuxtla y Malpasito.

Fue así que, tratando de avanzar, llegaron a los límites entre Chiapas y Tabasco, en el punto conocido como caseta Malpasito. Un pesado camión a exceso de velocidad embistió el diminuto cuerpo de Meli, arrebatándole la vida en instantes mientras caminaba junto a su padre. Esaie y Judith, cuando salieron de Haití, jamás se imaginaron que seguirían su camino hacia Estados Unidos sin Meli. Su hermosa piel morena, su sonrisa y sus cabellos ensortijados se quedaron sepultados en una fosa del cementerio de una comunidad en Chiapas.

Índice

Prefacio.....	5
Caridad.....	7
Laura.....	9
Flor y Luciana.....	12
Dulce.....	14
Mayra	16
Petrona.....	19
Raisa y Aisha.....	22
Sandra.....	25
Clarabella.....	27
Lulú.....	30
Elisa.....	33
María de Carmelo.....	36
Ariana.....	38
Carmen.....	40
Indira.....	42
Génesis.....	44
Meli.....	46

Mujeres de Frontera
termino de imprimirse en los talleres de
Editorial Entretejas, S.A. de C.V.,
en febrero de 2022. Consta de 500 ejemplares.
www.entretejas.com.mx
ISBN en trámite.